

LAS FUERZAS QUE MUEVEN LA HISTORIA SON LAS MISMAS QUE HACEN FELIZ AL HOMBRE

MEETING PER L'AMICIZIA FRA I POPOLI – RIMINI, 19 DE AGOSTO DE 2018

Queridos amigos,

estoy muy feliz de estar aquí, con vosotros, en el Meeting de este año, y doy las gracias a Emilia Guarnieri, Sandro Ricci y Marco Aluigi por su amable invitación. Aunque sea el nuncio apostólico de Estados Unidos, hoy os hablo como amigo del movimiento, que conozco bien al menos desde 1991. Obviamente, vengo también como pastor, después de haber servido a la Santa Sede en varias misiones diplomáticas, empezado en Nueva Zelanda y continuando después en diversas regiones del mundo, prestando mis servicios como nuncio en Haití, Uganda, México y actualmente en Estados Unidos. En estas misiones, me he dado cuenta de que no importa el país ni la nacionalidad, independientemente de la riqueza o de la pobreza, la mayoría de la gente busca la felicidad porque es lo que corresponde al deseo más profundo del corazón humano. La gente busca las fuerzas que mueven la historia porque son las mismas que hacen feliz al hombre.

Mientras esta búsqueda continúa, está habiendo cambios enormes en el mundo. Cambios drásticos en la cultura, en la tecnología, en la movilidad de los pueblos, en la globalización y en la rápida secularización. El papa Francisco ha dicho que no vivimos tanto en una época de cambios sino en un cambio de época. Estos cambios han hecho difícil transmitir la fe a las generaciones futuras. Ante el cambio, el conflicto, el relativismo y las desoladoras perspectivas de futuro, la gente empieza a desesperarse bajo el peso de la vida cotidiana y corre el riesgo de olvidarse de ser protagonistas de la historia.

Este es el tema que quiero abordar aquí, meditando en primer lugar sobre el encuentro de Jesús con la samaritana en el pozo de Jacob (Jn 4,1-26), un pasaje que creo que puede ofrecernos un esquema que nos ayuda a comprender cómo “el encuentro” despierta el corazón de la persona y lo abre a posibilidades futuras.

Luego me gustaría ilustrar cómo el papa Francisco está guiando a la Iglesia y al mundo para hacer exactamente lo mismo en este momento de cambio de época, y por último ver si nosotros, como herederos del gran patrimonio legado por Don Giussani, podemos aprender de su respuesta al cambio y a los desafíos ideológicos, para descubrir verdaderamente qué significa ser protagonistas de nuestro futuro y ver qué mueve la historia y nos hace felices.

I Parte. La samaritana en el pozo: un enfoque revolucionario

Antes de empezar mi reflexión sobre este bellissimo pasaje tomado del Evangelio de San Juan, quiero proponeros las palabras del papa Benedicto XVI al comienzo de su carta encíclica *Deus Caritas Est*:

«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».

El encuentro de Jesús con la samaritana en el pozo es hermoso, sencillo y profundamente humano, y me ayuda a entender mi propia vocación. De ahí elegí las palabras de mi lema episcopal, en las que pensé inmediatamente al oír el título del *Meeting* de este año, “Las fuerzas que mueven la historia son las mismas que hacen feliz al hombre”. En este encuentro, la samaritana vive un “bloqueo” espiritual y existencial, pero Jesús, con su mirada misericordiosa y en su diálogo con ella, abre gradualmente sus ojos y su corazón para hacerla reconocer algo que estaba íntimamente escondido en su interior, su misma humanidad. Confirmada y convertida por aquel encuentro y con un sentimiento más profundo por su propia humanidad, podrá empezar a ser protagonista de su futuro, testimoniando a los demás que ha encontrado en Él al Mesías.

Con la historia de la samaritana en el pozo, quiero describir la idea de la conversión como el encuentro y el reconocimiento de Otro, es decir, de Cristo, de la presencia del Dios de la misericordia. El Evangelio de Juan está lleno de “encuentros” que cambian la vida. En el primer capítulo, Juan el Bautista señala a Jesús como el Cordero de Dios y sus dos discípulos empezaron a seguir a Jesús, que les pregunta: *«¿Qué buscáis?»*. El Salvador ya está intentando despertar en ellos la conciencia de los deseos más profundos de su corazón.

A su vez, los discípulos le dijeron: *«Rabbi (que significa maestro), ¿dónde vives?»*. Él respondió: *«Venid y lo veréis»*. Pasaron todo el día con Él y luego ellos recordarán ese primer encuentro. Eran sobre las cuatro de la tarde. Inmediatamente, transformado por ese encuentro, Andrés dirá a su hermano Simón: *«Hemos encontrado al Mesías»*. Habían encontrado la Presencia, alguien verdaderamente excepcional que con la sola fuerza de su voz, con su presencia, con la esperanza que les ofrecía, llegó incluso a persuadirles para que dejaran a Juan el Bautista.

En el segundo capítulo, Jesús realiza el milagro de Caná y los discípulos ven su gloria y creen en Él. El verdadero encuentro, en esa circunstancia, es el encuentro entre Dios y la humanidad.

En el tercer capítulo, Jesús encuentra a Nicodemo. Nicodemo era un hebreo, un estudioso de la ley, un buen fariseo, miembro del Sanedrín, pero todavía faltaba algo en su vida. El diálogo que Jesús tuvo con Él le lleva a su lenta conversión. Fue él quien intentó intervenir para que Jesús recibiera al menos una audiencia imparcial y quien pidió a Pilato el cuerpo del Señor para que fuera sepultado de manera apropiada. En ese tercer capítulo del Evangelio de Juan el Señor dice a Nicodemo: *«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que quien crea en él no se pierda sino que tenga vida eterna. Dios no entregó a su Hijo al mundo para juzgar al mundo sino para*

que el mundo se salve por medio de él». Solo con el tiempo, gradualmente, Nicodemo comprendería plenamente el significado de estas palabras, pero su encuentro inicial con Jesús fue el acontecimiento y la ocasión para revelar esta verdad al mundo entero. Fue el encuentro lo que le abrió las puertas a la esperanza y todo lo demás llegaría después de esto.

Pero, obviamente, hay ciertas diferencias entre el encuentro de Jesús con Nicodemo y su encuentro, en el capítulo cuarto, con la samaritana en el pozo. Nicodemo llega de noche, ella se encuentra con Jesús durante el día. Nicodemo era un hebreo reconocido, miembro del Sanedrín; esta mujer era samaritana y pobre. Nicodemo era una persona de gran conducta moral, que observaba la ley; ella era una pecadora que había tenido cinco maridos y ahora estaba con un sexto hombre. Todo eso nos revela algo sobre Jesús: estaba dispuesto a encontrarse con cualquiera, siempre y en todas partes. ¡Siempre existe la posibilidad de un encuentro que cambie la vida!

Jesús va de viaje cruzando Samaria. Se dirige a las “periferias”, como podría decir el papa Francisco. La misericordia de Dios no puede detenerse. Jesús ha viajado desde Judea, al sur, hasta Galilea, al norte, llegando hasta Samaria justamente para encontrarse con esta mujer. Cuando Jesús se encuentra con ella, Él está solo y ella está sola; el encuentro es personal. Se encuentran en el pozo de Jacob. A algunos, según la mentalidad hebrea, la ambientación del “pozo” podría dar lugar a pensar en el matrimonio. De hecho, el siervo de Abrahán se encuentra con Rebeca cerca de un pozo y la conduce a casa de Isaac. También Moisés se encuentra con Séfora en un pozo. Ahora una mujer se encuentra con un judío cerca de un pozo, a la hora sexta. Era como si Jesús deseara un encuentro, como si le interesara la libertad de esta mujer. Lo que pasara después dependía de su libertad. Podía marcharse sencillamente, como hizo el joven rico, o podía convertirse en protagonista de la historia, interesada por su propia humanidad a causa del interés de Jesús hacia ella.

Lo cierto es que la samaritana no pretendía encontrarse con nadie. Estaba sola. ¿Dónde estaban las demás mujeres? ¿Por qué no estaban sacando agua? Probablemente porque ya la habían sacado al principio de la jornada. En cambio, esta mujer fue cuando pensaba que no habría nadie en el pozo. ¿Por qué? ¡Porque era una pecadora pública! Tenía que sobrevivir pero no quería ser vista, no quería ser juzgada, no quería dar explicaciones a nadie. Se ocupaba de muchas cosas pero había olvidado su propia dignidad y lo que significaba ser protagonista de la historia. Se había dejado guiar por fuerzas que parecían estar fuera de su control.

Pero sus mejores planes para evitar un encuentro fracasaron. Jesús estaba allí esperándola. Él, hombre judío, habla con ella, mujer samaritana, en un lugar público. El amor y la misericordia de Dios atraviesan barreras y superan límites. Dios no quiere distancias, quiere estar cerca, incluso de los pecadores.

¿Cuál es el enfoque de Jesús? Inmediatamente la involucra en un diálogo. En toda su humanidad, Él está cansado y sediento, pero de lo que tiene verdadera sed es de la fe de ella. Le pide de beber pero ella se niega. Al principio no quiere hablar con él

y subraya la diferencia entre ambos: judíos y samaritanos. Sin embargo, da a Jesús una oportunidad para seguir dialogando. Jesús responde a su negativa diciendo: «*Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva*».

Llamándolo sencillamente «*señor*», le pregunta: «*¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob?*». Jesús respondió: «*Quien bebe de esta agua vuelve a tener sed, pero quien beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, pues el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que mane para la vida eterna*».

En este momento, hay una toma de conciencia. La samaritana reconoce que está delante de una persona verdaderamente excepcional, alguien que quiere decirle la Verdad. ¡Pensemos cuántas veces habría ido a ese pozo a sacar agua! Su sed había seguido creciendo, nada podía satisfacer su sed. Reflexionemos sobre cuántas veces debió llevar ese cántaro al pozo y cuántas veces volvería a casa con él, obviamente mucho más pesado en el camino de regreso. No importa cuánta agua podía haber sacado, nunca habría podido satisfacer su sed más profunda, la sed de felicidad, la sed de algo o alguien que respondiera al deseo más profundo de su corazón.

Ya no quería llevar ese peso consigo. De modo que responde: «*Señor, dame de esa agua, para que no tenga yo sed ni venga aquí a sacarla*». Ella reconoce al Señor como aquel que es capaz de satisfacer su sed de Dios. Reflexionando sobre este pasaje, san Agustín dice que el cántaro representa su deseo de concupiscencia. Había intentado saciar su sed con cosas terrenas y se encontraba perennemente sedienta, insatisfecha y frustrada. Así era su vida, una vida de dolor, de miseria, de soledad, sintiéndose utilizada y rechazada, descartada y excluida.

Todo esto no difiere mucho de nuestras vidas. Nosotros también llevamos nuestros cántaros. Intentamos hacer frente a nuestros pecados, debilidades e incapacidades colmando nuestras vidas con cosas que pensamos que pueden satisfacernos. Para algunos puede ser el alcohol, las drogas o la pornografía; para otros puede ser la riqueza, el poder y el deseo de ser respetados. Podemos intentar tener todo lo posible para sentirnos mejor, pero al final nada nos satisfará. Exactamente igual que cuando a Jesús se le acercaron los discípulos de Juan y les preguntó: «*¿qué buscáis?*», Jesús está pidiendo ahora a esta mujer que identifique cuál es su verdadera sed. Los seis hombres no habían sido capaces de satisfacer el verdadero deseo de su corazón. En la tradición hebrea, el seis es un número imperfecto; en cambio, el siete es un número perfecto, el número de la Alianza. Jesús es el séptimo hombre, es el cumplimiento de lo que faltaba en los seis hombres precedentes y mucho más aún. Él la esperaba en el pozo, y la esperaba para tener con ella esta conversación.

Pero cualquier conversación que tengamos con Jesús debe ser honesta. No podemos pensar que podemos esconderle la verdad. Jesús conoce la situación de la mujer, pero ella aún no se la ha contado. Probablemente se avergüenza. Jesús le dice: «*Ve a llamar a tu marido y luego vuelve*». Ella responde: «*No tengo marido*», sin decirle

la verdad. Nosotros hacemos esto muchas veces. Decimos medias verdades para esconder nuestros pecados y nuestra vergüenza, para evitar juicios o no tener que aceptar la responsabilidad de nuestras acciones. La mujer trata de esconderse, pero Jesús desea que su fe sea plena. No dejará que su conversación sea parcial. Y le dice: *«Bien has dicho “no tengo marido”; porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido, en eso has dicho la verdad»*.

En vez de ignorar –por falsa compasión– su pecado y su pena, Jesús le dice abiertamente lo que ella ha hecho a la luz de su verdad, no para herirla ni para humillarla sino para sanarla. Ahora ella está delante de Él sabiendo lo que Él sabe. No podemos esconder a Dios nuestros pecados. Él los conoce y quiere sanarnos. Cuando nuestras debilidades salen a la luz, por naturaleza, nos ponemos a la defensiva. Levantamos nuestras defensas para intentar desviar “el ataque”.

Eso es exactamente lo que hace la samaritana, pero algo está sucediendo. Ahora reconoce a Jesús como un “profeta”. Pero aún no está preparada para aceptar su responsabilidad de cara al futuro, trata de desviar la atención sobre ella subrayando la diferencia entre judíos y samaritanos, los primeros que adoran a Dios en Jerusalén y los segundos en la montaña. Jesús sabe bien que este es un falso problema. De hecho, el verdadero culto consiste en adorar al Padre en Espíritu y Verdad (cfr. Jn 4, 23-24). Adorar verdaderamente a Dios significa abrazar su Espíritu o dejarse abrazar por su Espíritu, y abrazar su Verdad o dejarse abrazar por la Verdad. Cualquier otra cosa es una imitación barata. Todo lo demás es superficial y no permitirá la verdadera curación ni la plenitud de vida.

El agua que Jesús promete representa al Espíritu Santo, el “don” por excelencia que Jesús vino a traer en nombre de Dios Padre. Quien renace del agua y del Espíritu Santo entra en una verdadera relación con Dios, como hijo o como hija.

Al final, la mujer dice: *«Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos anunciará todas las cosas»*. Guiada por este diálogo, ella expresa el deseo del Mesías, el cumplimiento de sus esperanzas y sueños, el deseo de la Verdad que la hará libre. Quiere conocerlo todo del amor y de la misericordia de Dios. Jesús le dice: *«Soy yo, el que habla contigo»*. Hay un reconocimiento. Pasa de llamarlo sencillamente señor a reconocer que es un profeta y finalmente a reconocerlo como el Mesías.

Al volver los discípulos, cuentan las Escrituras que *«la mujer dejó su cántaro, fue a la ciudad y dijo a la gente: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será este el Mesías?”»*. Dejó su cántaro de agua. Sucedió un milagro. No solo el perdón de los pecados o la conversión, sino el milagro de la libertad. Decidió dejar a sus espaldas su antiguo estilo de vida y sus viejos deseos para empezar a vivir de un modo completamente nuevo.

Su encuentro con una “Presencia original” la llevó a descubrir su propia humanidad y las posibilidades para su futuro. Ella que al principio no quería encontrarse con nadie ahora deseaba ser testigo de Cristo. Este “vivir de un modo nuevo” significaba contar a otros su encuentro.

Esto nos lleva a una serie de preguntas. ¿Por qué su impulso misionero nace así, “naturalmente”, de su encuentro con Jesús? ¿El encuentro con Él nos provoca a ser misioneros? ¿Qué falta si no somos misioneros? El Santo Padre nos llama a ser una “Iglesia en salida”, a ser misioneros, pero esto no significa simplemente hablar a los demás de Jesús; ser misionero significa ante todo comprometerse con un nuevo modo de vivir, ser protagonistas de nuestro futuro. ¿No será esto lo que significa realmente la “conversión pastoral”?

Al final, otros samaritanos acudieron al encuentro de Jesús y ya no creyeron simplemente por el testimonio de aquella mujer sino porque ellos mismos oyeron y reconocieron *«que verdaderamente este es el salvador del mundo»*. Es como cuando Andrés dijo a Simón: *«Hemos encontrado al Mesías»*. La samaritana, a través de su testimonio, despertó en otros el deseo de felicidad y de encontrarse con Él, que hace nuevas todas las cosas.

Volvamos a escuchar al papa Benedicto. *«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»*. ¿No es exactamente esto lo que pasó con la samaritana en el pozo de Jacob? No fue un conjunto de proposiciones, silogismos teológicos o verdades lo que llevó a su conversión; fue un encuentro con una Persona. Su encuentro con Jesús la ayudó a ver y discernir lo que verdaderamente podía satisfacer y aplacar su sed, y lo que, en cambio, no la satisfaría nunca realmente.

Su encuentro la ayudó a abandonar la carga de su pecado para testimoniar a Cristo. En este sentido, la Divina Misericordia que recibió como don fue también una llamada a evangelizar para crear un futuro mejor en la historia del mundo. Su conversación con Jesús no fue una conversación fácil, sino una de esas que cambia la vida. A veces, tal vez, le volverían recuerdos de sus maridos anteriores, pero poco a poco irían palideciendo en comparación con el recuerdo de este Hecho. No es simplemente un recuerdo histórico de lo que pasó aquel día, es una memoria viviente, una conciencia continua de su Presencia, que cambió su vida porque abrió un horizonte nuevo, un nuevo modo de ver el mundo, un nuevo modo de vivir. La samaritana en el pozo fue transformada no solo en evangelizadora sino en testigo de Cristo y protagonista de la historia.

II Parte. El papa Francisco y el cambio de época, ¿una nueva revolución?

Creo que lo que Jesús hizo por la samaritana en el pozo es lo que el papa Francisco está intentando hacer por toda persona que encuentra, por la Iglesia y por este mundo nuestro: facilitar un encuentro personal con aquel que responde a los deseos más profundos de nuestro corazón y que nos ayuda, al mismo tiempo, a redescubrir nuestra propia humanidad y todo su potencial.

Cuando tomamos en consideración los textos del Santo Padre, como la *Evangelii Gaudium* (La alegría del Evangelio), que con razón se considera el documento programático y paradigmático del pontificado del papa Francisco; la *Amoris Laetitia* (La alegría del amor), que dio lugar a dos sínodos sobre la familia; *Gaudete et exultate* (Alegraos y exultad), sobre la llamada universal a la santidad; y también cuando pensamos en el inminente sínodo de los jóvenes –que se celebrará el próximo mes de octubre– el Papa parece afirmar con fuerza que es posible para cada uno de nosotros – casados o solteros, jóvenes y ancianos, practicantes o no practicantes, ricos o pobres– llegar a conocer a Cristo. Que necesitas conocerlo si quieres ser feliz. Para el Papa, toda la obra misionera da comienzo con un encuentro con Cristo.

La exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* empieza con estas palabras:

«La alegría del Evangelio lleva el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría».

Este encuentro con Cristo acontece en la Iglesia y por medio de la Iglesia. Existe una dimensión eclesial del encuentro. El Papa llama a la Iglesia entera a asumir la responsabilidad de facilitar esta experiencia personal de Jesús, que llena la vida de alegría. Hace unos años, el entonces cardenal Bergoglio comentaba:

«Nuestro Señor Jesucristo irrumpe en nuestra historia, marcada por la vulnerabilidad, con un dinamismo imparables, lleno de fuerza y de coraje. Ese es el *kerygma*, el núcleo de nuestra predicación: la proclamación rotunda de esa irrupción de Jesucristo encarnado, muerto y resucitado, en nuestra historia» (Jorge Bergoglio, *El verdadero poder es el servicio*, Editorial Claretiana, Bs. As. 2007, 197).

El núcleo central de la misión evangelizadora de la Iglesia debe ser el *kerygma*: el anuncio de una Persona o Acontecimiento. La doctrina es sin duda importante, pero debe incidir en la realidad. El Santo Padre a veces es criticado por no centrarse plenamente en la doctrina, pero él es plenamente consciente de los problemas de la vida, no mediante libros de texto sino mediante la vida real. Cuando estaba en Argentina como pastor siempre estuvo cerca de la gente, escuchaba y comprendía la realidad contingente de sus vidas, incluso situaciones de gran pobreza. Examinando los temas pastorales que nos pone delante, podemos constatar que tocan la familia, los jóvenes, los pobres y migrantes, personas reales en situaciones reales, con aspiraciones profundas, no solo para tener más sino para ser más y más felices.

¿Por qué el Papa insiste en llamar nuestra atención sobre estas realidades? Debemos recordar que Francisco es un Papa que viene de América Latina. En su discurso a los participantes en el V Congreso Eclesial Nacional de la Iglesia Italiana, dijo: «*Hoy no vivimos una época de cambios sino un cambio de época*». El mandato misionero de la Iglesia –formar nuevos discípulos y evangelizar– no se da en el vacío. El contexto cultural actual, en constante evolución, exige un nuevo enfoque.

Antes de mi nombramiento como nuncio de Estados Unidos, fui enviado a México, adonde llegué justo a tiempo para la Conferencia de Aparecida. Los obispos latinoamericanos debían afrontar esta cuestión del cambio de época cuando veían a los católicos que abandonaban la Iglesia o se unían a las sectas. Veían que a lo largo de la historia siempre había habido principios o valores que regulaban la vida de las personas, de las sociedades o de las instituciones. Estos eran distintos en cada era: el periodo precolombino, el periodo colonial, el periodo de la independencia y el periodo moderno. En un cierto punto, algunos de esos valores “indiscutibles” de cada época se ponían en cuestión y luego eran reemplazados por otros valores. El periodo moderno, caracterizado por la globalización y la fragmentación de la sociedad, hizo la evangelización cada vez más difícil.

Parecidos cambios de valores se encuentran en la historia europea y en la americana. Más recientemente, el 68 marcó un momento decisivo en Occidente. El periodo moderno se vio prácticamente caracterizado por la globalización, por nuevas tecnologías emergentes y medios de comunicación, gran movilidad de las personas, y por la pérdida de una antropología cristiana, cuya consecuencia es la pérdida tanto de la identificación con la Iglesia como de un sentido de pertenencia. Esto es hoy lo que resulta alienante para la gente, que sufre soledad e inseguridad.

Zygmunt Bauman decía:

«Las raíces de la inseguridad son muy profundas, están arraigadas en nuestro modo de vida, caracterizado por el debilitamiento de los vínculos [...], por el desmoronamiento de las comunidades y por la tendencia a reemplazar la solidaridad humana con la competencia feroz. El miedo que engendran estas situaciones de inseguridad [...] permea todas nuestras actividades diarias».

Don Giussani describía al hombre moderno como caracterizado por «*la duda acerca de la existencia, el miedo a la existencia, la fragilidad de la vida, la inconsistencia de uno mismo, el terror al o imposible, el horror ante la desproporción entre uno mismo y el ideal*».

En Aparecida, los obispos latinoamericanos percibieron esta inseguridad y sus efectos en la evangelización, es decir, en la transmisión de la fe de persona a persona, de una generación a otra. Declararon sin medias tintas que «*nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado. Ello afecta incluso a ese núcleo más profundo de cada cultura constituido por la*

experiencia religiosa, que resulta ahora igualmente difícil de transmitir a través de la educación y de la belleza de las expresiones culturales, alcanzando aun la misma familia que, como lugar del diálogo y de la solidaridad intergeneracional, había sido uno de los vehículos más importantes de la transmisión de la fe».

Como sabéis, el verdadero “autor” del Documento final de Aparecida fue el futuro papa Francisco. Para afrontar eficazmente los cambios y la inseguridad, los obispos adoptaron un método. ¿Cuál? Escuchar la realidad. La atención a la realidad revela que, en la historia, algo que ha sido constante es el cambio, que influye en las condiciones para transmitir la fe. ¿Cuáles son las condiciones reales de nuestra gente?

La experiencia pastoral del papa Francisco dio sus frutos en Aparecida, cuando los obispos preguntaron colegialmente: ¿podemos transmitir la fe en el contexto específico de América Latina de un modo que ofrezca a la gente la posibilidad de un encuentro con Cristo?

Los obispos no ofrecieron una respuesta inmediata; empezaron a escuchar y a dialogar con parejas casadas, familias, jóvenes, profesionales y expertos. Entonces analizaron atentamente las condiciones del mundo de hoy examinando esas cosas que eran obstáculo para que la gente pudiera perseguir sus aspiraciones más profundas y que les impedían plantear sus verdaderas preguntas y recibir verdaderas respuestas, en el ámbito político, social, económico y religioso.

Como pastores, se vieron obligados a reconocer su responsabilidad de educar a los jóvenes en la realidad, de modo que pudieran tomar conciencia de su propia humanidad. Así, redescubrirían su aspiración a la verdad, a la justicia, al bien, a la felicidad y a la belleza, esas experiencias humanas fundamentales constitutivas del corazón humano. Sabían que eso solo sucedería mediante un encuentro con Cristo, que llama a cada uno a seguirlo, a ser discípulo suyo. Un discípulo, cuya vida ha sido tocada por el Señor, no puede hacer otra cosa que compartir lo que Cristo ha hecho por él, y así este discípulo se transforma en misionero, que es testigo de Cristo en el mundo. Por eso hablamos de “discípulos misioneros”.

Esto no solo era cierto para los fieles sino también para los propios obispos. Tenían que evangelizar en un contexto que había cambiado. Los obispos tenían que ejercitar su responsabilidad pastoral en el contexto latinoamericano, en una cultura influenciada por la secularización pero abierta a lo trascendente. Una cultura donde la gente se detiene todos los días para rezar, para volver a poner su confianza en Dios y para pedir su ayuda. Su oración no siempre es formal, la gente se dirige regularmente al Dios que se ha hecho carne y que les acompaña a lo largo del camino de su vida. Italia también tiene muchos recuerdos en este sentido en el arte, en la literatura y en la arquitectura de una cultura marcada por la fe en Cristo. Él es quien lleva la esperanza a los pequeños de esta tierra, incluso cuando la vida está marcada por la pobreza, la marginación y el rechazo. Estas personas aprenden a existir y a seguir adelante incluso en medio de una cultura de “usar y tirar”.

Siguiendo el enfoque de los obispos en Aparecida, el Santo Padre propone la visión de una Iglesia que facilita el encuentro con Cristo. Quiere que la Iglesia sea un “lugar” de encuentro con el Dios que se ha hecho hombre. Me parece que todo lo que el Santo Padre hace y dice va en esa dirección. El Papa llama nuestra atención sobre la realidad hablando incesantemente de los pobres y de los migrantes. No quiere que huyan de nuestra vida, no quiere que descuidemos nuestras responsabilidades. La misión evangelizadora de la Iglesia exige una implicación con la realidad.

El papa Francisco pone en discusión e interpela a nuestro modo de pensar, de vivir y de organizar nuestra Iglesia. Como los profetas del Antiguo Testamento, está dispuesto a denunciar la injusticia y recusar las falsas y efímeras soluciones a los problemas. Quiere que la Iglesia ayude a todos a superar el miedo a seguir adelante en el camino de la misericordia. Su deseo es el de una Iglesia misionera que salga a las periferias.

Esta misión requiere ante todo tomar conciencia de lo que existe en el corazón del hombre: el sentido de la verdad, de la justicia, del bien, de la felicidad y de la belleza. El Santo Padre propone una Iglesia misionera, invitada a aplacar la sed del hombre por la Presencia de Dios en Jesús. Él mismo es testigo de esta Presencia y nos invita a dar público testimonio de Cristo. Nos empuja a ir más allá de nuestras situaciones de comodidad para ser signo y sacramento de salvación, respondiendo a los gritos y dando respuesta a las necesidades del corazón. Nos desafía repetidamente para que dejemos de estar estancados y ser autorreferenciales.

Durante este cambio de época, el amor de Dios sigue siendo constante; sin embargo, hace falta una mayor comunicación de su amor a través del testimonio evangélico. Dios ama al hombre y está respondiendo –pues Él es efectivamente la respuesta– a sus necesidades más profundas. Esto es lo que el Documento de Aparecida y la exhortación *Evangelii Gaudium* llaman “conversión pastoral”. El papa Francisco nos llama a pasar de un plano pastoral de autoconservación a una intensa actividad misionera, capaz de satisfacer las necesidades más profundas del corazón humano. Su elección –en este punto de la historia– ha sido realmente providencial, porque con ella la Iglesia ha recibido a un pastor que la llevará a ser una Iglesia de encuentro, de misericordia y de testimonio, totalmente implicada y comprometida con la realidad.

III Parte. La Rivoluzione de 1968 y la herencia de Don Giussani

Igual que el Señor suscitó un testimonio profético en el papa Francisco por el “cambio de época” que estamos viviendo en este momento, también el Señor llamó a Luigi Giussani a ser tanto un profeta como un testigo, fundando Comunion y Liberación, y guiando el movimiento a través de los tumultuosos tiempos del 68. Don Giussani afrontó exactamente el mismo desafío de transmitir la fe en un periodo de profundos cambios sociales y culturales. La historia del movimiento –vuestro movimiento– implica

la historia de un hombre que, como el Papa, te orienta hacia una comprensión más profunda de la vida y una búsqueda más auténtica del significado y la felicidad en tu encuentro con el Misterio.

Giussani estaba profundamente preocupado por la felicidad de sus alumnos, especialmente en torno a 1968, el año de la revolución sexual. Os invito a leer el capítulo 14 de la biografía de Giussani, escrita por Alberto Savorana, pero quiero citar un fragmento:

«Giussani recordaba que un día de 1969, mientras caminaba por los pasillos de la Católica, “donde dominaba la revolución”, se topó con “un chico de Varese [...] que decía enérgicamente [...]: ‘¡Si no encontramos las fuerzas que construyen la historia, estamos perdidos!’”. Comentaba Giussani: “No quiero adentrarme en la descripción de la ingenuidad última –como le ocurre a toda ideología que pretenda la universalidad– de esta frase. Quiero simplemente decir lo que me vino como un contragolpe dentro del corazón al escuchar lo que aquel chico afirmaba: que las fuerzas que mueven la historia son las mismas que hacen feliz al hombre”. En efecto, “la fuerza que construye la historia es un hombre que puso su morada entre nosotros, Cristo. Redescubrir esto impide nuestra destrucción como hombres, reconocer esto introduce nuestra vida en el acento de la felicidad, aunque esté llena de temor y de una reticencia inevitable”».

Ya antes del 68, Giussani, sabiendo que Cristo era la respuesta, observa la desconexión entre fe y vida. Mientras muchos de sus alumnos se declaraban católicos, rezaban el Credo y conocían el Catecismo, la fe como “experiencia vivida” no se transmitía. Es decir, cuando se trataba de emitir juicios o decisiones sobre cosas que un joven considera realmente importantes para su vida, sus ideales y esperanzas de felicidad estaban modeladas por una mentalidad *secularizada*, donde Cristo y su Iglesia estaban en gran parte ausentes. Las decisiones de los jóvenes estaban menos plasmadas por Cristo y más por las fuerzas de la edad moderna, incluyendo la ideología científicista, la exaltación del subjetivismo, la reducción de la fe a ética o moralismo, y un énfasis en el individualismo emotivo. Había una clara brecha entre la doctrina y la realidad de la vida.

Educar a los jóvenes y mostrarles el atractivo de Cristo como centro de la vida y cumplimiento de sus deseos pasó a ser su tarea fundamental. Dejó sus clases en el seminario y empezó su apostolado educativo, que floreció en vuestro movimiento. El método de Giussani consistía en desafiar al secularismo que dominaba la mentalidad de sus alumnos, inspirándoles a realizar un riguroso análisis de sí mismos, de las experiencias fundamentales que caracterizaban la vida y las aspiraciones del hombre, y a la incapacidad de la cultura secular moderna de hacer justicia al profundo misterio del corazón humano. Quería que verificaran la propuesta del cristianismo en su propia experiencia, para ver si esta correspondía a su deseo de felicidad.

Él creía que este análisis llevaría a una recuperación del “sentido religioso” del hombre, ese carácter fundamentalmente religioso de las preguntas y deseos inscritos en su corazón. El hombre ha sido creado por Dios. Solo reconociendo a Dios y adhiriéndose a Él, la persona puede llegar a comprender la verdad de sí mismo y encontrar la felicidad. Giussani intentó llevar a los jóvenes a valorar de un modo más profundo el *hecho* de que Dios hiciera que esta adhesión a sí mismo fuera concretamente posible, atrayente y bella haciéndose hombre y perpetuando su presencia encarnada en el mundo a través de su iglesia. Este era un “nuevo enfoque” que devolvió frescura a la fe de muchos. Pero luego llegó 1968.

En un momento de tanta turbación, muchos jóvenes dejaron el movimiento. Muchos lo hicieron con buena intención, deseosos de crear un mundo mejor, pero su enfoque era el del activismo social, que mudó en ideología y política. Durante el periodo de las protestas estudiantiles, había un genuino deseo de autenticidad en la vida pública. Muchos sentían la necesidad de abandonar el viejo orden, lleno de ambigüedad y de engaño, y sustituirlo por algo nuevo. Eso llegó a una hostilidad hacia el pasado. Hizo imposible recurrir a la autoridad o a la tradición como punto de partida. Los cambios se sucedieron muy rápidamente y dejaron a muchos desconcertados. El modo de afrontar el mundo que adoptaron muchos jóvenes fue el de volver a los viejos métodos, que no contemplaban el encuentro personal con Cristo.

Cuando parecía que todo se acababa, Giussani mostró su auténtica preocupación paterna. Con una sencilla pregunta: «¿qué es lo que queremos?». Respondió a su pregunta de esta manera:

«Lo que nosotros amamos cuando damos todo nuestro tiempo, nuestra energía, nuestra entrega y nuestra preocupación al movimiento se pone de manifiesto en la prueba; si queremos a Cristo o nos buscamos a nosotros mismos se ve en la prueba. Si insisto en esto es porque es el punto crucial que debemos tener siempre presente, nos toquen las tareas de secretaría, las “manuales” más simples o las funciones más altas. Si no lo tenemos presente, no conseguiremos la más mínima contrición (la contrición puede darse solo ante lo que amamos); y en segundo lugar, cuando llegue la dificultad, decidiremos nosotros si tal dificultad es motivo suficiente para que nos marchemos o no. ¿Comprendéis? ¡Pensamos que el criterio último para decidir si lo que hacemos es justo o no está en nuestra mano! Cuando llega la prueba o la dificultad, cuando ya no vemos o pierde gusto lo que hacemos, entonces se ve si lo que buscamos es Cristo o bien nuestro amor propio, la afirmación de nosotros mismos, en cualquier sentido o bajo cualquier aspecto. Entonces llega también el momento en que aparece la fascinación mundana, por tanto la tentación diabólica, la mentira, según su máscara atractiva, y plantea su alternativa».

Un maestro espiritual como Ignacio de Loyola nos enseña a discernir y decidir. Nuestras decisiones nos conducirán o a la felicidad y la consolación, o a la desolación y

la insatisfacción. Debemos confrontarnos con la realidad y buscar las fuerzas que mueven la historia y que hacen felices a las personas. ¿Qué nos atrae y nos hace movernos realmente?

Para responder a esto, debemos entender quiénes somos personalmente. El genio de Giussani reside en su antropología religiosa, en su propuesta del “sentido religioso” como fundamento de la conciencia que la persona humana tiene de sí misma y de su compromiso en la vida y en la realidad. Giussani nos propone observarnos a nosotros mismos en acción e investigar las disposiciones y expectativas que determinan el modo en que afrontamos las circunstancias de la vida. En este proceso, descubrimos que el “motor” que genera nuestra actividad y nos pone delante de las cosas con un interés real por ellas es algo que está dentro de nosotros mismos y que es al mismo tiempo razonable y misterioso. En palabras sencillas, es la búsqueda de la felicidad, una búsqueda que se emprende tanto con la mente como con el corazón. Necesitamos la felicidad, pero esto también conlleva una experiencia.

La auténtica actividad humana mira a la felicidad porque esta es la primera y principal de las respuestas a las preguntas fundamentales. En acto, el corazón de una persona, lleno de deseo por algo, está en busca de algo que aún no posee y que no puede tener por sí solo. El corazón se ve atraído por el Misterio que busca y toma conciencia de esa Presencia. Está ahí y se puede conocer. En otras palabras, la antropología propuesta por Giussani está abierta a lo Trascendente.

¿Qué necesidades fundamentales busca el corazón si no la verdad, la justicia, la bondad, la felicidad, la belleza? Mientras una persona sigue cosas que le atraen, estas necesidades se van haciendo más urgentes, transforman el deseo en preguntas: “¿Qué me hará feliz? ¿Qué corresponderá al deseo de mi corazón?”. Cuanto más en serio nos tomemos a nosotros mismos y a nuestra humanidad, más cuenta nos daremos de que no podemos evitar estas preguntas.

La antropología propuesta por Giussani en respuesta a la crisis de 1968 es muy instructiva; igual que entonces había dificultades para transmitir la fe, también ahora nos encontramos frente a nuevas y más graves dificultades porque lo que antes era evidente ahora ya no lo es. En el tercer capítulo de *La belleza desarmada*, Julián Carrón habla del “desmoronamiento de las evidencias”. Hoy hay una mayor debilidad de conciencia en las personas. Hay una continua reducción de uno mismo bajo la influencia del poder terrenal, que reduce nuestra capacidad de mirar la realidad. El contexto cultural actual es distinto, porque antes al menos la gente veía las pruebas o argumentaciones sobre algo y podía aceptarlo o rechazarlo, pero hoy la gente ni siquiera es capaz de ver.

Decía antes que la gente sufre una incertidumbre existencial. Los medios para responder a esta incertidumbre los han encontrado en un compromiso social basado en la eficiencia, con tintes de moralismo, dedicándose a las actividades, a la cultura y a la organización, pero ninguna de estas cosas causa alivio ni aporta la novedad de vida ofrecida por Cristo, puesta de manifiesto en el hombre nuevo. El hombre moderno ha

perdido el contacto con su propia humanidad y por eso, a pesar de sus actividades, el hombre viejo –insatisfecho– permanece.

La necesidad de que la Iglesia asuma la responsabilidad de educar no podría ser mayor. Actualmente, en mi misión en Estados Unidos, veo que los obispos americanos deben enfrentarse constantemente con el fenómeno de los *nones*, los que no profesan religión alguna. Un teólogo laico, Hosffman Ospino, describe la situación de esta manera:

«En 1991, casi el 3% de la población estadounidense se identificaba como privada de una afiliación religiosa de cualquier tipo, son los llamados nones. Hoy, 26 años después, casi el 25% de toda la población de nuestro país se identifica así. La tendencia es muy clara. Sabemos que casi 20 millones de personas en nuestro país, que han nacido y crecido como católicas, ya no se identifican como tales. Es probable que muchos de ellos, especialmente los jóvenes, se hayan unido a las filas de los nones».

Creo que el movimiento debe proponer un itinerario que mire hacia adelante, aplicando la sensibilidad del método educativo propuesto por Giussani a nuestra realidad actual, para que hombres y mujeres puedan tomar conciencia no solo de cuáles son sus necesidades más profundas sino también de qué llevan dentro de sí mismos. Esta recuperación de nuestra humanidad solo puede acontecer mediante un encuentro viviente, un encuentro vivo con Cristo que sucede mediante la Iglesia.

¿De qué modo despierta Cristo la humanidad? Nos sale al encuentro, exactamente igual que se encontró con la samaritana. Pone a la persona delante de una presencia humana que no se ha deteriorado, la pone delante de su Presencia. El impacto entre nuestra humanidad y la suya nos hace nuevamente conscientes de la importancia de nuestras necesidades. Los problemas que la persona tiene delante hoy no desaparecen como por arte de magia pero, en cierto modo, hay que intentar afrontarlos con un enfoque distinto, no siempre directo. La respuesta más eficaz es la de examinar ante todo y en profundidad a la persona humana, el sujeto mismo que los afronta. De hecho, Cristo ha venido para despertar el sentido religioso y nuestra propia humanidad justo para nosotros podamos afrontar estos problemas.

En el contexto de un cambio de época, nosotros, que debemos anunciar el Evangelio, no podemos hacerlo descuidando las nuevas instancias que podrían influir en las nuevas generaciones, sus expectativas y aspiraciones. En otras palabras, me parece que la razón principal de que exista una dificultad en la transmisión intergeneracional de la fe hunde sus raíces de forma específica en la dificultad que encontramos para “leer” atentamente el cambio de época que estamos viviendo.

Ante este miedo existencial y ante el derrumbe de las evidencias, un enfoque podría ser sencillamente el de construir un muro en torno a nosotros mismos, pero esto nunca liberaría a la gente de su soledad ni de su miedo interior. En realidad, esto no les ayudaría a vivir de un modo nuevo ni a experimentar la alegría que deriva de la libertad ofrecida por Cristo y por el Evangelio.

La alternativa a la construcción de muros es el diálogo. El llorado cardenal Jean-Louis Tauran, durante una entrevista, describía cómo podría ser este diálogo:

«La respuesta es siempre y en todo caso el diálogo, el encuentro, [...] el único camino posible es el diálogo desarmado. Sustancialmente, en mi opinión, dialogar significa ir al encuentro del otro desarmado, con una concepción no agresiva de la propia verdad, y sin embargo no desorientado». “¿No hay otro camino?”, le pregunta el entrevistador. «En absoluto. Estamos condenados al diálogo».

En el centro del diálogo está la comunicación de la propia vida personal a los demás. Compartir la existencia de los demás en la propia existencia. No se trata siempre de demostrar tener razón. Se trata de compartir mutuamente entre personas de un modo que tiene que ver con el modo de vivir. Como cristianos, nuestro diálogo debería expresar la experiencia cristiana vivida, no como un tipo de moralismo sino como una gracia que hemos recibido de nuestro encuentro inicial con Cristo.

Conclusión. La verdadera revolución

Estamos en el umbral de un cambio de época. Hablamos de una revolución técnica, una revolución de las comunicaciones con internet y los smartphones. Algunos siguen hablando de revoluciones marxistas y socialistas, mientras otros piensan en un retorno al nacionalismo. Incluso estamos empezando a ver, frente al cambio de época, grupos de personas que abrazan la llamada “opción Benito”, propuesta por Rod Dreher, con la esperanza de un renacimiento o revolución cultural, o tal vez indicando una retirada del cambio. ¿Pero cuál es la verdadera revolución?

La verdadera revolución es la revolución del corazón. No podemos obligar a nadie a creer, y menos a los jóvenes. Jesús no obligó a la samaritana a creer; más bien le dio, a través de su diálogo, la posibilidad de perseguir el verdadero deseo de su corazón. Nosotros también podemos ofrecer a aquellos con los que nos encontramos, especialmente a los jóvenes, la oportunidad de compartir la gracia que hemos recibido e invitarles una vez más a pertenecer a Cristo y a la Iglesia. Comunicamos esta gracia mediante el testimonio de nuestra vida. Hoy el mundo necesita testigos: padres, educadores, políticos, compañeros de trabajo y sacerdotes. Necesitamos una Iglesia que testimonie la alegría de pertenecer a Cristo. Cristo era aquella Persona y es esa Persona tan atractiva que nos ayuda a conectar con nuestra propia humanidad.

Por este motivo el Santo Padre, como Don Giussani, quiere una Iglesia cercana a la gente, una Iglesia que no sea autorreferencial sino que esté en salida, con la alegría del Evangelio. Nos llama a ser una Iglesia que testimonia una alegría y una esperanza que nacen del encuentro con Jesús.

Creo que este también es el motivo por el que el papa Francisco ha afirmado que la misericordia no puede ser un paréntesis en la vida de la Iglesia. El pecado y la alienación que eso comporta son como obstáculos a la recepción de la gracia que Dios nos quiere dar y a compartir experiencias con otros. Llenando el corazón del hombre de aquello que nunca podrá satisfacerlo. La misericordia es el remedio, el bálsamo curativo del Médico Divino.

En el encuentro con Cristo, mediado a través de la Iglesia, que muestra el rostro del Padre Misericordioso, una persona puede repasar sus expectativas reales para su vida y para su futuro; puede tener la posibilidad de un encuentro que cambie su vida – con su propia madre, con un profesor, con la Iglesia, incluso con un extranjero–, donde se sienta valorada y empiece a redescubrir todo el potencial que lleva dentro, que a su vez ayuda a la propia persona a encontrar la felicidad. Sin el encuentro y el abrazo de nuestra humanidad, que despierta en nosotros el sentido religioso, no se generarán protagonistas y la historia quedará parada.

Hace veinte años, decía Don Giussani:

«El misterio de la misericordia desborda cualquier imagen humana de tranquilidad o de desesperación; incluso el sentimiento de perdón pertenece al misterio de Cristo. Este abrazo último del Misterio, abrazo al cual el hombre [...] no puede oponer nada, no puede objetar nada; puede desertar de él, pero solo desertando de sí mismo y de su propio bien. El Misterio y su misericordia queda como la última palabra, aun por encima de todas las negras posibilidades de la historia. Por eso la existencia expresa su último ideal mendigando. El verdadero protagonista de la historia es el mendigo: Cristo, mendigo del corazón del hombre, y el corazón del hombre mendigo de Cristo».

En 1968, como auténtico padre espiritual, Giussani advirtió a sus hijos que no abrazaran las falsas revoluciones y sus ideales, tanto los de la variedad socialista/marxista/atea como los de la revolución sexual. Veía el activismo social de la época como una especie de revolución, un nuevo tipo de pelagianismo que nunca podría llevar la vida, la salvación o el Reino a su plenitud. Sabía que la verdadera revolución era el cambio del corazón.

A este respecto, el Santo Padre y Giussani convergen, cuando el Santo Padre habla de una “revolución de la misericordia” o de la ternura. Tanto Giussani como el papa Francisco quieren que las personas sean libres de las heridas del pecado y sus consecuencias, de modo que puedan asumir la responsabilidad de su futuro, verificando la verdad de la fe mediante una conciencia bien formada e instruida, una conciencia que conoce la Escritura, la Tradición, la autoridad del Magisterio y la experiencia, una experiencia en relación con la realidad. En vez de lanzarse a las olas de la dictadura del relativismo, una humanidad renovada tiene el potencial de avanzar a través de las tempestades del cambio hacia un puerto seguro.

Si estamos dispuestos a encontrar nuevamente a Cristo, igual que lo estaba la samaritana en el pozo, entonces ya no necesitaremos movernos más según el poder terreno, el pecado o la pobreza, podremos ser curados por la Misericordia y perseguir aquello que satisfaga nuestra sed de un nuevo modo de vivir y de implicarnos con la realidad. No ya limitados por los poderes de este mundo o las ideologías, en libertad podremos perseguir la belleza, la verdad y la bondad que se encuentran sobre todo en el Infinito, que satisface los deseos del corazón y que puede hacernos felices.

Una humanidad despertada por Cristo puede generar nuevos protagonistas en la historia del mundo. Nuevos testigos capaces de expresar juicios, capaces de discernir lo que es justo de lo que es errado, el bien del mal, el verdadero bien del placer pasajero. Una humanidad despierta tiene la capacidad de ver no solo con los ojos sino también con el corazón, y puede verificar la verdad de la fe y proponerla en este momento de cambio de época. Un testimonio cristiano alegre muestra el atractivo de Cristo que hace decir a otros: “¿Qué es lo que mueve a esta persona? ¿Qué lleva a esta persona a actuar así?”.

Sabemos que para nosotros es Cristo. Como dice Don Giussani, *«la fuerza que construye la historia es un hombre que puso su morada entre nosotros, Cristo. Redescubrir esto impide nuestra destrucción como hombres, reconocer esto introduce nuestra vida en el acento de la felicidad, aunque esté llena de temor y de una reticencia inevitable»*.

Encontrar a Cristo y ser cambiado por Él –la revolución del corazón–, ¡eso es lo que hace girar la rueda de la historia! ¡Esa es la verdadera revolución!

Esta es la herencia de Don Giussani, su don a la Iglesia, que vive en vosotros. Por tanto, doy gracias a Dios por él, por el papa Francisco y por todos vosotros que continuáis, en este movimiento, este modo de vivir la fe como protagonistas en la historia del mundo. Especialmente doy las gracias a muchos padres que hacen todo lo posible por educar a sus hijos buscando la manera de ayudarles a descubrir la felicidad.

Concluyo con un video de mi sobrina con sus dos hijas. Ella les dice que está esperando otro bebé. Fijaos en la sonrisa de la más pequeña al conocer la noticia. La mayor de las dos niñas, queriendo verificarla, pregunta: *«¿De verdad?»*. Su padre le pregunta: *«¿Estás contenta, pequeña?»*. Ella asiente con la cabeza diciendo *«sí»*. Después de verificar el “hecho”, la mayor pregunta: *«¿Y podremos cuidarle?»*. Acepta la responsabilidad de hacerse cargo de otro, convirtiéndose así en una protagonista –una fuerza para un futuro mejor– feliz para su nuevo hermano. La pequeña también necesita verificar, y pregunta: *«¿Dónde está el niño?»*. Ella quiere ver. Toca la tripa de su madre y dice: *«¡No está!»*. Su búsqueda continúa, ¡igual que la nuestra!